

Algunas observaciones sobre identidad y diferencias

Fina Birulés

En las recientes reflexiones sobre la necesidad de repensar lo político en el contexto de las sociedades complejas contemporáneas (y para hacer frente a las tendencias relativistas derivadas de cierta atención a la diversidad cultural y al multiculturalismo) han sido frecuentes las controversias alrededor de la conveniencia de un retorno a los planteamientos de la Ilustración. Hay que subrayar en principio que no parece recomendable entender tales propuestas en términos de un simple retorno a los valores ilustrados, ya que, en caso de conseguir tal retorno, no obtendríamos más que una vuelta a las tesis del racionalismo del XVIII y no podemos olvidar que, entre nosotros y el XVIII, se interponen dos siglos en los que se han producido grandes e importantes cambios, así como dolorosos acontecimientos. De ahí que la repetida disyuntiva excluyente entre ilustración y antiilustración se nos presenta, a menudo, no sólo como extraña sino también como aparentemente vinculada a una cierta pérdida de vitalidad del pensamiento filosófico; una pérdida de vitalidad que en los últimos tiempos cabría considerar que se ha manifestado en forma del cansado currículum de decepciones del que habla Sloterdijk¹.

Cierto es que, por ejemplo, en el ámbito de la reflexión, hace ya décadas que domina algo semejante a un consenso en torno a la idea de que el antiguo concepto de Hombre, en mayúsculas, no era más que un pseudouniversal junto a la necesidad de una «nueva universalidad», que atienda a las nuevas formas de subjetividad. Una auténtica universalidad parece que debería incluir a todo el mundo, sin exclusión alguna por motivos de raza, clase, género, inclinación sexual, etnia o cualquier otra cosa que podemos añadir al «enojoso y sintomático etcétera» que acompaña los gestos de reconocimiento de la diversidad humana. Sin embargo, a pesar del consenso que se puede leer en los debates en torno, por ejemplo, al valor de lo que se ha denominado multiculturalismo, queda todavía mucho camino que recorrer para poder ensanchar y retejer las *costuras de nuestro*

¹ Finkielkraut, Alain & Sloterdijk, Peter, *Les battements du monde*, París, Fayard 2003, p. 13.

*universo moral*². Entre otras razones porque, como ha observado Ernesto Laclau³, con el término multiculturalismo se estarían designando una amalgama de cuestiones heterogéneas, reunidas precipitadamente bajo tal denominación. Y eso valdría tanto para sus defensores como para quienes se pretenden sus detractores. Lo cual hace que, en medio de esta niebla de controversias, derivada del pleno reconocimiento de la historicidad de todas las identidades culturales, reglas, valores o verdades, a menudo resulte difícil recordar de qué se está hablando.

Sin duda cualquier tentativa de reflexionar en torno a la contemporaneidad y acerca de nuestra pertenencia a ella parece obligarnos al reconocimiento pleno de la historicidad y de la complejidad escénica del ámbito de lo humano. Y es en este contexto en el que hay que repensar nociones modernas o ilustradas tales como la de emancipación y de subjetividad, y su relación con términos como identidad y diferencia, que en nuestros días circulan tanto en medios eruditos como en las polémicas que día tras día alimentan el hambre voraz de interpretar el presente político por parte de los medios de comunicación.

Considero que la teoría feminista ha puesto al descubierto algunas líneas que el pensamiento filosófico no puede dejar de plantearse si quiere ser un interlocutor de los problemas que plantea nuestro presente. Líneas como, por ejemplo, la derivada de atender al hecho de que en la democracia moderna hallamos dos movimientos que no siempre han armonizado con facilidad –la universalidad de los derechos y la diferencia de los sexos–, o como la que se perfila al hilo de la conciencia de que la expresión «violación de los derechos humanos» no proporciona recursos conceptuales suficientes para el reconocimiento de la diversidad humana⁴. Desde este punto de vista, me propongo ilustrar cómo –desde una lectura feminista de Hannah Arendt– podríamos hacernos con una noción de subjetividad que permitiera dar cuenta de la diferencia (la feminidad o la judeidad, por ejemplo) como algo *dado* sin caer en definiciones esencialistas ni negar su especificidad histórico-política.

* * *

Tanto en su análisis del antisemitismo contemporáneo como en su apuesta por repensar la dignidad de la política⁵, Hannah Arendt distingue entre lo *dado* y la *acción*.

Cuando habla de lo *dado* se refiere a todo aquello que no ha sido elegido, aquello en lo que no ha intervenido la iniciativa. En este punto, no parece presentársele en absoluto como central la pregunta, tan en boga en los últimos tiempos, si esto *dado* es natural o construido porque nadie elige nacer hombre o mujer, ario o judío, sino que toda persona al aparecer por primera vez en el mundo recibe algo de carácter contingente y no elegido. Con ello quiero decir que si

² Stout, Jeffrey, *Ethics after Babel*, Boston, Beacon Press, 1988, p. 159.

³ Laclau, Ernesto, *Emancipation(s)*, Londres, Verso, 1996.

⁴ Butler, Judith, *Precarious Life. The Powers of Mourning and Violence*, Londres-Nueva York, Verso 2004.

⁵ Vid. Arendt, Hannah, *Rahel Varnhagen. Vida de una mujer judía*, Barcelona, Lumen, 2000 y *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1993.

consideramos la feminidad como algo *dado*, no lo hacemos para indicar una especie particular de seres humanos, sino un *presente político*, una determinada configuración del mundo, que nada tiene que ver con una determinación natural o biológica⁶. Toda vida empieza en un momento definido del tiempo, en un lugar particular y en el contexto de una comunidad determinada y con unas características físicas o psicológicas particulares. Y este comienzo no es voluntario: no elegimos nacer en una época o en un cuerpo cuyas características pueden ser valoradas positiva o negativamente. Nacer es entrar a formar parte de un mundo de relaciones, de discursos y de normas que no hemos elegido y que, en cierta medida, nos constituyen. Lo que nos viene dado no es una realidad indiferenciada sino que se presenta como un despliegue de diferencias —mujer, judía, etc.— que se entrecruzan en cada una de nosotras⁷. No obstante, esto dado, que se nos impone, no confiere, por sí mismo, ninguna singularidad.

Lo que quiero decir se puede ilustrar con unas célebres palabras de Hannah Arendt en una entrevista de 1964: «Si a una la atacan como judía, tiene que defenderse como judía. No como alemana, ni como ciudadana del mundo ni como titular de derechos humanos ni nada por el estilo»⁸. Con estas palabras no trata de proporcionar alguna receta para saber en qué consistiría defenderse como judío —o como mujer, añadido yo—, sino que indicaba que con un ataque similar la persona atacada se ve reducida a lo simplemente otorgado, es decir, se le niega la libertad de acción específicamente humana; a partir de este momento, todas sus acciones sólo parecen poder explicarse como consecuencias «necesarias» de ciertas cualidades «judías» o «femeninas»; se ha convertido en simple miembro de la especie humana de la misma manera que los animales pertenecen a una determinada especie animal. Ha perdido un lugar en el mundo que convierta en significativas sus opiniones y en efectivas sus acciones. Se ha tornado prescindible y superflua —es sustituible por otra mujer o por otro judío—, y al mismo tiempo se le ha convertido en inocente, ya que sus acciones son siempre valoradas como el resultado inevitable de las condiciones naturales, psicológicas que le han sido dadas y que no ha elegido, las cuales, además, son consideradas como lugares de indignidad. Así, pues, en nuestro tiempo, el precio de la absoluta inocencia es el de no tener un lugar en el mundo, el de la imposibilidad de singularizarse, de ser libre.

Es con respecto a lo que nos ha sido dado que hablamos de identidad y diferencia. Lo dado, por ejemplo, nos hace semejantes a las otras mujeres con las que compartimos la identidad femenina al tiempo que también nos hace diferentes de los hombres.

Hay, por descontado, diversas actitudes posibles con respecto a lo que nos ha sido otorgado y no hemos hecho. Una, la de negarlo, ya que en nuestro tiempo lo dado-mujer tiene connotaciones negativas. Cosa que ha llevado a algunas mujeres a tomar la opción de preferir concebirse de forma muy parecida a seres incorpóreos y asimilar la caracterización que el discurso dominante hace de lo fe-

⁶ Vid. Arendt, Hannah, «Sobre la humanidad en tiempos de oscuridad: reflexiones sobre Lessing», en Arendt, Hannah, *Hombres en tiempos de oscuridad*, Barcelona, Gedisa, 2001, p. 28.

⁷ Sigo en este punto a Martine Leibovici, *Hannah Arendt une juive*, París, Desclée de Brouwer, 1998.

⁸ Arendt, Hannah, «¿Qué queda? Queda la lengua materna. Conversación con Günther Gaus», en Arendt, Hannah, *Ensayos de comprensión* (Kohn, Jerome, ed.), Madrid, Caparrós Eds., 2005, p. 28.

menino: o bien un lugar de carencia insuperable o de exceso indecente. La otra, la de sentir gratitud por el don que se nos ha concedido, por el presente de la feminidad o de cualquier otra diferencia y tomarla como propia, tener iniciativa: *re-presentarlo*, ponerlo en juego, a través de la palabra y la acción, en un contexto donde están los demás y, desde donde descubrir quiénes somos, distinguírnos.

De estas dos actitudes, la negación del don, del presente, tiene un alto precio, al menos para las mujeres, ya que vivimos en un mundo en el que la diferencia sexual no es supuestamente relevante. Sabemos que no es posible asimilarse parcialmente a un discurso: no podemos asimilarnos a los valores masculinos dominantes sin aceptar, al mismo tiempo, como propia, toda la misoginia y la minusvaloración de lo femenino que está presente en él. La otra actitud, en cambio, permite descubrir la emergencia de una subjetividad singular, a través de tomar la iniciativa en lo que nos ha sido dado, de modo que cada persona singular sería una modulación –y no una abolición–, siempre única, de diferencias que tiene en común con otras. Dicho en otros términos, cada acción y cada palabra arrastra su peso de carne. Y, por tanto, la pregunta no es nunca cuál es el efecto de haber nacido mujer, sino cómo ciertas mujeres viven su vida, cómo se han desenvuelto en la escena del mundo.

Es en este sentido que podemos comprender que, lejos de considerar que una biografía individual está determinada por la época o por lo dado, hemos de entenderla como capaz de iluminarlos. A menudo sabemos de lo dado, de lo que nos es común, a través de las maneras de responder a ello. Por esta razón no existe «la mujer», sino mujeres, pues la subjetividad es siempre una manera de ser y, al mismo tiempo de no ser, la subjetividad es siempre un relato y nunca la revelación de una esencia.

Poner en juego lo dado comporta la posibilidad de singularizarse, la posibilidad de que haya formas diversas de feminidad en un espacio común. Para ilustrar esto apelaré a una metáfora que Arendt utiliza en más de una ocasión: la de varias personas sentadas alrededor de una mesa: «la mesa –dice– reúne tanto como separa». Y, ciertamente, podemos acentuar lo que les une o lo que les separa, pero sin la mesa, sin un espacio donde singularizarnos, quedaríamos comprimidas unas contra otras en un único modelo de feminidad, reducidas a lo dado.